

La despoblación de Mexico

Ofrecimos, en uno de nuestros números anteriores, tocar el serio problema de la despoblación de México, de esa emigración alarmante que busca refugio en Estados Unidos huyendo del maltrato del capataz, de la rapfia de la tienda de raya, del despotismo y el libertinaje del amo, del jornal irrisorio, de la tarea gratuita, del cepto, de la cárcel, de la multa, de la consignación al servicio militar, de la negra esclavitud en toda su ignominia, con toda su deshonra.

Nuestras autoridades ignorantes siempre, creen que los problemas sociales se resuelven con disposiciones y órdenes despóticos, con decretos y circulares sin valor.

El Cónsul de San Diego, Cal., propone que se impida atentamente la salida de mexicanos; que se les niegue el derecho de abandonar el territorio, que se les estorbe la posibilidad de escapar de la miseria y de la muerte.

Ese Cónsul que sabe que la arbitrariedad es la regla de nuestro Gobierno, propone la más monstruosa de las arbitrariedades: la de que el trabajador sufra encadenado todas las desgracias que sobre él caigan, que sea un prisionero dentro de las fronteras de su Patria convertida en galera sin esperanza alguna de redención.

El Cónsul nada dice contra el que roba, embutece y deshonra al trabajador, a sus hijos, a su raza, reduciéndola con la fatiga, el fanatismo y el vicio, a una masa inconciente, estúpida, desvalida, degenerada, que palpita y se mueve automática, sin ideales, sin deseos, sin darse cuenta siquiera de su destino ó del por qué de su dolor; sin afectos, sin ligas con la vida, sin los goces que aleaza todavía el animal mismo, libre y dueño de sí, en los bosques ó en las cavernas.

El Cónsul no se duele del peón, más infeliz que el esclavo; su simpatía es para el amo que azota ó viola, para el verdugo que tortura y despedaza; para él todas las simpatías y todas las comiseraciones porque la bestia patida y apaleada y hambreada, lejos de volverse feroz á acometer á quien la acosa, huye presa del terror hasta poner una frontera infranqueable entre ella y sus perseguidores.

Corral, fingiendo más pudor que el Cónsul, se conforma infantilmente con aconsejar que se publiquen de vez en cuando circulares que hagan saber al mexicano los peligros y sufrimientos que le esperan en el extranjero, circulares que no producen efecto alguno, desde luego porque el obrero peón del campo que ni lee ni sabe que exista Corral, es constituido, como el ganado, por el contratista implacable, por el negroero que lo vende ó traspasa á tanto por cabeza; y, después, porque esas circulares entrañan una mentira y una inmoralidad pues el peón gana aquí mejor jornal, disfruta de libertades, tiene techo y pan y vestido, y si su condición es aún precaria debido á la inferioridad á que en nuestro país lo redujeron el servidumbre, la miseria y la ignorancia, y debido á la falta de amparo y de finca de parte de los Cónsules mexicanos, esa condición es infinitamente mejor que la de paria, que la de esquilmo, que la de cosa que guarda entre las garras de ese triunvirato formado por el propietario agrícola y la autoridad y el fraile, en nuestro país. No nos ocuparemos en combatir la infame teoría del Cónsul de San Diego, ni la necesidad de Corral.

No hay criterio sano que no las rechace con indignación y desprecio.

Nuestro propósito es abordar el problema mismo entre todos sus escollos, entre todas sus tinieblas, y buscar un sendero que nos conduzca á una solución humana y práctica, que salve al trabajador y salve la producción, herida de muerte bajo el régimen actual de privilegios para el amo, de hambre y despojo para el verdadero productor.

Es preciso que caiga el monopolio, que desaparezca el sórdido acaparador de la tierra, con su poder y privilegios; es necesario que una racional división territorial substituya á la que ahora pone en manos de unos cuantos señores feudales toda la extensión de la República y deja sin un palmo á la mayoría de la población mexicana reducida á la esclavitud.

Una nueva Reforma se impondría si el pueblo pudiera tener conciencia de su obra. Si antes fueron desamortizados los bienes del Clero (aunque después mal repartidos, de modo que el pueblo no aprovechó de ello.), llegará el día en que serán desamortizados de nuevo, pues el clero los ha recuperado y los tiene ahora en manos de testafierros, y será desamortizada también la propiedad que inmoralmente detentan aventureros enriquecidos en los puestos públicos. Esa propiedad será entonces subdividida y distribuida para que la trabaje y disfrute el mayor número á la sombra de la li-

bertad. La subdivisión de la gran propiedad territorial, la repartición de esa propiedad; he allí el único remedio. Todo lo demás es paliativo, y como todos los paliativos solución ineffecta.

Se aconseja el alza del salario. Pero, ¿quién lo procurará? ¿El hacendado que exprime la sangre del trabajador? ¿El contratista, el negroero que se enriquece con el corroteo en el trato de carne humana? ¿El peón aislado, analfabeta, miserable, que sólo puede sufrir ó huir? ¿Las sociedades y congresos católicos con sus teóricas resoluciones y la única mira de que al Reclonero no se le escape la presa?

Se aconseja el establecimiento y la multiplicación de escuelas rurales. Pero, al amo no le conviene la instrucción de sus siervos, y en consecuencia, se les enseñará religión, la escuela se convertirá en un nuevo foco corruptor, en una nueva cadena que ate y debilite al infeliz peón.

Se aconseja que se cuide de la higiene de las habitaciones, que se les den comodidades á serres que vegetan en estado primitivo, que no tienen siquiera pan, ni con qué cubrir su desnudez.

Y se desea que el alivio venga como una concesión, como un favor del verdugo, del amo, del que está interesado en la explotación.

Se aconseja que haya un médico en cada hacienda y que gratuitamente se atienda á los desgraciados víctimas de las pestes, sin suprimir sus causas: la pobre alimentación, el desaseo, la carencia de abrigo y el exceso de trabajo debilitante.

Esos paliativos son inútiles; el remedio es la libertad; que el hombre labre su propia tierra, ó al menos, que no se le explote, que constituya su hogar independiente, que satisficlas sus necesidades materiales pueda atender á su cultura, á la educación de sus hijos, y pueda, en sus condiciones de hombre libre, buscar la fuerza de la asociación, tener individualidad, ser ciudadano y constituir entonces en unión de otros hombres libres, una verdadera república.

Para subdividir la propiedad, se necesitarían entonces, ó medidas fiscales nada prácticas, porque irían á ofender intereses poderosísimos, que las impedirían, ó trabajos de colonización, que permitirían, fraccionando la propiedad, traspasarla por venta á compradores que, con corto capital, adquirieran el terreno suficiente para el desahogado sostenimiento de sus familias.

Hombres con corto capital, ahorrado en una vida de método y economía, deseosos de invertirle en una propiedad que pueda ser el pie de su fortuna y su prosperidad futura, no dejarían de acudir á una oferta generosa y beneficiosa de terrenos siempre que en el país encontraran seguridad y garantías.

Entonces la gleba no estará bajo el látigo de un poderoso dueño de ilimitados dominios, encontraría acomodo con los pequeños propietarios, con los nuevos colonos mexicanos ó extranjeros, que en sana competencia, solicitarían el trabajo del peón mejorando su jornal y las condiciones de su existencia.

El peón escogería entre varios ó numerosos propietarios, y alquilaría su fuerza y su trabajo al que supiera remunerarlo con más largueza. El alza del jornal le permitiría mayores satisfacciones y comodidades, le dejaría tiempo y ánimo para instruirse, le llevaría á la unión, á la liga con los individuos de su clase para la defensa y mejoría de los intereses de clase, y más tarde podría llegar á ser—ó lo serían sus hijos educados en un régimen de menor opresión—propietario á su vez, para atender y desarrollar su propio capital.

En esas condiciones el peón no hurria al extranjero acometido de pánico, buscando la salvación. Tampoco abandonaría el campo, empobreciéndolo con la falta de brazos para pedir á la industria mayor remuneración, produciendo plétora de trabajadores y baja por consiguiente de salarios, y necesitando á la postre emigrar.

El peón se arraigaría á la tierra, á la tierra siempre amada por él.

El fraccionamiento de la propiedad podría hacerla el gobierno adquiriéndola si era necesario por compra, perfeccionando su título y ofreciéndolo á compradores, colonos, y trabajadores de buena fé.

Pero el Cónsul de San Diego, Cal., cree que se debe hacer *rescote* con los peones, impedirles la salida, obligarlos á que entreguen sus carnes al látigo ó al potro, sin poder escapar á los mil tormentos á que se les somete; y Corral, adormecido por los vapores del festín continuado con que lo arrullan sus señaladores, cree que basta con aconsejar la resignación y la obediencia á los infortunados esclavos, que por sarcasmo se llaman ciudadanos en

el imperio tenebroso de Porfirio Díaz. En otros artículos estudiáremos estas grandes cuestiones, debilmente esbozadas por hoy.

AUTORIDADES SALVAJES.

INTUTILIDAD DE LAS QUEJAS.

Las Autoridades de Minas Nuevas [Villa Escobedo] Chih., se conducen como salvajes, y realmente están en su papel. La civilización huyó de nuestra Patria para dejar su asiento á la barbarie, desde que sobre los escombros de la República se levantó el enrojecido despotismo de Porfirio Díaz.

El Presidente Municipal Ignacio Sandoval, aparte de ser deslógico y arbitrario, tiene la mala costumbre de quedarse con las multas que impone. Esto ha motivado que los vecinos hayan elevado frecuentes quejas al Gobernador, justificándolas con certificados del Tesorero Municipal que hacía constar que no ingresaron á la Tesorería varias multas de \$10.00 y \$5.00 que el Presidente había impuesto á multitud de individuos. El Gobernador no ha hecho caso. Sabido es que la mala conducta de un funcionario es hoy motivo de aprecio para sus superiores.

El Comandante de Policía Silvano Bañuelos, favorito del Presidente, es la personificación de la brutalidad, de la maldad, del crimen. El y su hermano José Ma Bañuelos, cabo de la policía, son el terror de la población, pues, seguros de la impunidad, se dedican á ejercer el vandalismo más descarado. Cometten toda clase de atropellos, no respetan ni los hogares, ni el pudor femenino; por la noche asaltan á los ciudadanos, despojándolos de lo que llevan, armas ó dinero; al que resiste lo llevan á la cárcel á castigarlos. Siempre que conducen presos, les echan encima el caballo para obligarlos á andar aprisa. En la cárcel, por gusto, dan tormento á los detenidos.

Hace poco tuvo lugar un hecho que horrorizó á la población. Estaban algunos presos haciendo la limpieza de una calle, cuando un vejecito intentó pasar por ella. Uno de los gendarmes que custodiaban á los presos pretendió golpear al anciano, lo que fué impedido por algunas personas que estaban presentes y á las cuales el impulsivo policía trataba con insolencia. A tiempo que esto pasaba, llegó el Comandante Bañuelos que, enterado de los hechos, lejos de corregir á su subalterno, dijo á los que habían defendido al anciano de la brutalidad del gendarme, que no tenían que meterse con la policía. Uno de los presentes, el Sr. Jesús Vara, preguntó á Bañuelos que si así era como se debía tratar á los ciudadanos, y entonces el furioso polizón, por toda respuesta, se desató en injurias contra todos los que estaban en su presencia.

No quedó satisfecho Bañuelos con sus tabernarios desahogos, y se propuso vengarse del Sr. Vara, ejercitando en él su característica ferocidad. Poco después de los sucesos referidos estaba á caballo el Sr. Jesús Vara, conversando tranquilamente con el Sr. Ignacio Oviedo, cuando llegaron los hermanos Bañuelos y, sin darle tiempo ni para defenderse, lo asaltaron, golpeándolo brutalmente. No quedó al Sr. Vara más recurso que buscar refugio en su casa, y así lo hizo, pero los bandidos lo persiguieron hasta su hogar, penetrando en él y golpeándolo nuevamente. Una señora de la casa, que trataba de detener á los energúmenos, resultó herida, y el Sr. Vara, después de haber sido agredido en su propia casa, fué conducido á la cárcel é incomunicado rigurosamente.

Los hermanos Bañuelos pasean su impunidad y su desvergüenza ante la indignación de los habitantes de Villa Escobedo y las demás autoridades se burlan de esa justa indignación protegiendo abiertamente á los culpables.

Será inútil elevar nuevas quejas ante el Gobernador. Mientras los ciudadanos no ejerciten sus derechos y se libren ellos mismos de sus tiranos, su situación será miserable, por más que rueguen y se arrodillen ante los déspotas.

BUSQUESE

El proximo numero de "Re generacion."

El triunfo de Rusia.

Busco en mi alma cuerdas que vibren sacudidas por el heroísmo guerrero de Stoessel, y no las hallo. Stoessel iguala á los mayores héroes militares; pero mi alma, educada en otros sentimientos y dirigida hacia otros ideales, no puede, no sabe estremecerse con las bravuras de un soldado. El Emperador japonés felicita al defensor de Port Arthur; el Czar le llamará su hijo predilecto, le pondrá una cruz más sobre el uniforme, mientras el Santo Sínodo le pone otra bendición más sobre la cabeza, y el guerrero slavo saldrá por las rotas defensas al frente de sus tropas con todos los honores militares, á tambor batiente.

El nombre de Stoessel pasará á la historia, Stoessel volverá á Rusia para gozar los triunfos materiales y morales á que lo hace acreedor su heroísmo. Los soldados que pelearon como él y fueron más héroes que él, porque fueron héroes sin esperanzas de recompensas, esos se podrán de incógnito bajo los escombros de la rendida fortaleza, abonarán con sus restos en descomposición los campos manchurianos, ó volverán á Rusia; los inútiles á mendigar, los sanos á cavar la tierra y á pagar las contribuciones.

Para esos soldados defensores de Port Arthur no habrá más cruces efectivas que la amarga cruz de su vivir, ni más bendición que la de sus padres, ni más historia que la referida en voz baja por cuatro viejos junto á hogares escasos de alimento y de leña. El Czar les llamará hijos cuando desfilen por delante de él, y les tratará como siervos cuando se desperdiquen sobre la estepa.

Cuando pienso en esto se me llenan los ojos de lágrimas, y si no encuentro en mi alma palpitaciones de entusiasmo para el bárbaro heroísmo de Stoessel las hallo de ternura y de compasión para los infelices soldados que le ayudaron á hacerse héroe.

Por lo demás, la rendición de Port Arthur me ha causado profunda alegría. No ciertamente por el triunfo de Mutsu-Hito y de su Japón oficial. ¿Eso qué? En tal sentido significan lo propio á mis ojos el Czar que el Mikado. Mi alegría es porque la caída de Port Arthur prolonga el principio de otra caída: la caída de la Rusia oficial; de la Rusia que representa para la civilización una amenaza, y para la humanidad una deshonra.

Si Port Arthur no hubiese caído; si la escuadra rusa no se hubiese deshecho á golpe de cañón japonés; si Kuropatkin no hubiese sido de retirada en retirada y de derrota en derrota; si todos esos batallones y barcos, si todos esos jefes con uniformes festoneados de pieles y bordados de oro hubiesen impuesto al Japon, por decretos de la victoria, las voluptades del autócrata ruso, ¿qué hubiera hecho el autócrata ruso, el pontífice de la Rusia oficial, con la otra Rusia, con la Rusia humana, que gime de hambre en las estepas y agoniza de miseria en los talleres y tembla de espanto en los gabinetes de estudio? ¿Qué hubiera sido de los ganados de humanas criaturas, que los caprichos del autócrata llevan de un lado á otro cuando bajan humildemente la cabeza, que las ferocidades del autócrata entierran en las minas siberianas y cuegan de las borcas cuando quieren alzar la cabeza en son de protesta ó rebeldía?

¿Que hubiera sido de toda esa Rusia si la victoria se inclina del lado de Nicolás II?

¿Que hubiera sido?... El Czar triunfante, sus Generales vencedores, las tropas volviendo á la patria para imponer el despotismo á balazos y la servidumbre á crujidos de látigo; los que durante la guerra maldijeron de ella por inicua y de sus iniciadores por insensatos y crueles, sacarían de su ocio á los instrumentos de tortura; repoblarían los *in pace* de nieve, que la muerte, con ser tan ligera en vaciarlos, nunca dejavacíos; los pensadores tendrían que echar llave á sus cerebros; los trabajadores que poner mordazas á su hambre y puntales á su resignación; las esperanzas de libertades y progreso que detener su viaje á la realidad; Europa, inclinada ante los vencedores, que sufrir sin protesta el encastillamiento de la barbarie en plena civilización. Todo enmudecería ante la voluntad del autócrata y la dinamita sería la única voz redentora que se alzase en el imperio ruso.

Ahora, no. La derrota de la Rusia oficial es el triunfo de la Rusia humana. Los uniformes

festoneados de pieles y bordados de oro, las armas relucientes, los barcos podridos de cañones, la vistosa quincallería con que el despotismo se ufanaba para cifrar en ella su razón de existir, pierde su prestigio. "Si ni aun para matar bien y vencer, bien servís, ¿a título de qué tratáis de imponeros y de esclavizarlos?" gritará el pueblo ruso. Perdida vuestra bárbara y sangrienta aureola, ¿qué derecho os asiste para seguir viviendo? Morid. Enterrad lo que ha dejado vivo de vosotros el peleador japonés; enterrad con vosotros la Rusia de la fuerza y de la maza, de la conquista y de la servidumbre y ceded el paso á otra Rusia; á la nuestra, á la Rusia que quiere incorporarse á la humanidad."

Realmente la derrota del Czar es el triunfo de Rusia. Más que los japoneses, deben celebrar los rusos el rendimiento de Port Arthur.

Port Arthur rendido es para los japoneses una victoria militar; para el pueblo ruso, una victoria humana.

JOAQUIN DICENTA.

LA INTERVENCION AMERICANA.

Responsabilidades del General Diaz.

En THE SAN ANTONIO GAZETTE, uno de los periódicos más importantes del Sur de los Estados Unidos, aparece un artículo alarmante, relacionado con la difícil situación por la que atraviesa nuestro fronterizo Estado de Sonora.

El artículo que traducimos dice así: "Informes llegados de la Ciudad de México, procedentes de las regiones ocupadas por los indios yaquis, dan nuevos detalles relativos á las terribles condiciones en que se encuentra esa parte de la República.

Los indios yaquis han emprendido una campaña de exterminio en contra de los mineros mexicanos y residentes, y lo que es más, los americanos no están exentos de los ataques de la desesperada banda de salvajes que merodean en el Estado de Sonora.

Antes los yaquis habían sido enemigos únicamente de los mexicanos, pero parece ser que como consecuencia de la desesperación que les causa el Gobierno Federal, ya no distinguen y tratan por igual á mexicanos y americanos. El número de americanos matados por los yaquis, durante los dos últimos meses, no puede precisarse, pero se cree que no sea menor de cincuenta, entre mineros y gambusinos.

El número de residentes mexicanos, contando con mujeres y niños, es muchísimo mayor. En muchos casos multitud de familias, en el interior del Estado han sido arrojadas de sus hogares á golpes y sus casas robadas é incendiadas.

El Gobierno de Díaz es, por supuesto, directamente responsable de esta completa destrucción de vidas y propiedades; que no es más que consecuencia y resultado de las injustas y opresivas medidas dictadas por el Gobierno en contra de estos indios, que siempre habían figurado entre los más pacíficos habitantes de México.

Los yaquis tienen la seguridad de que el Gobierno ha decretado el exterminio de ellos, lo cual es solo cuestión de tiempo.

Mientras tanto, las vidas de todos los americanos en la tierra del Yaquí está en el mayor peligro, y las deficientes tropas que mandan el General Torres é Izabal son impotentes para dominar la titulada insurrección y para proteger las vidas de los ciudadanos americanos y mexicanos.

"Estos jefes son favoritos del Presidente Díaz, por lo cual son incapaces, presuntuosos é incompetentes y el pueblo de Sonora sufre las consecuencias. La minería y la agricultura están paralizadas y todos los negocios de importancia sufren grandemente; y Sonora aceptaría hasta la intervención de los Estados Unidos."

Nuestros patriotas juzgarán de los tristes y dolorosos resultados de la absurda Dictadura que nos gobierna. No nosotros los que defendemos la causa de la Libertad de nuestra Patria, sino el periodismo americano, clama en contra de las infames y tiránicas medidas dictadas para sofocar la titulada rebelión del Yaquí, y pregonan que Torres é Izabal, los socios de Ramón Corral en este sucio negocio del despojo á los indios, son IMPOTENTES para dominar la situación; y fundan esta incompetencia en el hecho de ser favoritos de Porfirio Díaz, por cuyo motivo les califican de INCAPACES, PRESUNTIVOS é INCOMPETENTES.

Pero la nota triste y dolorosa, la página sangrienta de estas mrecridas censuras yankees, está en la fra-

Regeneracion

February 11 th 1905.
Subscription rates:
Per annum. . . \$ 2. 00 gold.
Per 6 months. . . 1. 10 "
Director and Proprietario Ricardo Flores Magón.

CONDICIONES:

"REGENERACION" Se publica los sábados. El número suelta vale cinco centavos oro en los Estados Unidos del Norte y diez centavos plata en la República Mexicana.

Los precios de subscripción son como sigue:
En los Estados Unidos del Norte por un semestre, pago adelantado.—\$ 1. 10 oro.
Por un año, pago adelantado.— 2. 00 oro.
En la República Mexicana por un semestre pago adelantado.—\$ 2. 40 plata.
Por un año, pago adelantado.— 4. 50 plata.
El cliente de telegramas vale para los Agentes: En la República Mexicana.—\$ 7. 00 plata.
En los Estados Unidos del Norte.— 3. 00 oro.

Los envíos de dinero pueden hacerse por Giro Postal Internacional, por Express, en Billetes de Banco ó en Timbres Postales.

NOTA. Estos pagos se aplican á las personas que mandan pagar directamente sus subscripciones sin necesidad de cobrarlas.

A las personas á quienes enviamos nuestro periódico y no mandan pagar, se les cargará un veinte por ciento sobre los precios arriba expresados.

Para todo asunto dirigirse al Director

se final del artículo que nos ocupa, cuando se anuncia que Sonora aceptaría hasta la intervención de los Estados Unidos!

¿Será posible que por el enriquecimiento de individuos como Corral, Torres é Izabal, este coloso del Norte, que no conoce pudores diplomáticos, vaya á inyadir esa rica porción de nuestra tan desventurada Patria so pretexto de intervenir en una lucha de la que resulta responsable Porfirio Díaz, y la que no pueden dominar soldados iléticos de pretensiones y vanidades, ávidos de riquezas y paupérrimos de aptitudes?

Cese ya esa lucha cruel é inhumana; déjense á los pocos infelices yaquis que no han sido asesinados ó arrancados de su terruño el goce y disfrute de sus tierras, y se verá que nuevamente trocan sus justas represalias en conducta pacífica y tranquila.

La tiranía de Dehesa.

UNA SATRAPIA ODIOISA.

Teodoro Dehesa, el tartufo Gobernador de Veracruz, ha soñado voluptuosamente en llegar á ocupar el Ministerio de Hacienda. Su eterno deseo ha sido substituir á Lira-mantour. Sus asalariados folclóricos han repetido hasta la saciedad que Dehesa es un gran hacendista, un notable financiero, único capaz de suceder ventajosamente al extranjero que ha sumido en la más espantosa miseria á la Nación.

Y Dehesa, mareado con los halagadores epítetos que él mismo se hace dar, pierde la cabeza, y con sus mismos hechos demuestra al país que él nunca podría dirigir con acertada mano los asuntos financieros de la nación.

El encino no puede producir más que bellotas. Insensatez sería asentar que Dehesa fuese un hábil financiero. Derrás del mostrador de un tendajón adquirió las nociones financieras que conoce todo el mundo. Allí cursó prácticamente el arte del regateo con los marchantes humildes y de ese modo fué como logró aumentar el capital de sus avaros patrones, y así fué como consiguió una canongía en la productiva Adnana del Puerto de Veracruz.

Más tarde, cuando el heroico pueblo veracruzano lloraba la muerte del patriota y liberal Gral. Enriquez, el Dictador, aconsejado por el clero, colocó en la vacante silla al funesto Dehesa.

Los electores habían cumplido con la tenebrosa consigna, y el Estado, atónito aún por la muerte del patriota gobernante, no se dio cuenta del Gobernador impuesto por la omnimoda voluntad del rebelde de Teocac.

El gobierno veracruzano quedaba en manos de un hombre obscuro que al tomar posesión de su cargo carecía de todo mérito, y sólo pudo ascender apoyado por las bayonetas de la Dictadura y por las sotas del corrompido clero católico.

El pueblo, vuelto en sí de su natural sorpresa, vió hollados sus derechos, coartadas sus libertades públicas y ultrajada su soberanía. Dehesa había revelado cual había de ser su conducta posterior. El juego amparado por la camarilla dehesista se extendió con escandalosa desvergüenza en todo el territorio veracruzano. Al rededor del nuevo tirano se agruparon prontamente los serviles, los aduladores, los lacayos que sacrifican su honor por un mendrugo, y desde entonces comenzó para Veracruz el reinado del terror que ha conducido á ese noble pueblo á la ruina, á la desolación y á la miseria.